

ZOCOS, 11

TOKIO

Título original: *Tokyo. A View of the City*, Reaktion Books, 1999

© De los textos: Donald Richie

© De la traducción: José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2017

© Confluencias, 2025

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: Leonardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 978-84-129908-6-7

Depósito legal: AL 3910-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

DONALD RICHIE

TOKIO

Una de las ciudades más grandes del mundo

Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez



*Si Armilla es así por incompleta o por
haber sido demolida, si la causa es algún
hechizo, o sólo un capricho, lo ignoro.*

Italo Calvino

INTRODUCCIÓN

Llevo viviendo en Tokio desde hace más de cincuenta años, y todavía no he conseguido familiarizarme con ella como hacen los que viven donde nacen. Una de las razones es que como he seguido siendo un extraño —como lo son todos los extranjeros que viven en Japón, incluso los que han vivido aquí medio siglo—, me he visto obligado a verme como algo aparte. Siendo la excepción, lo veo todo excepcional.

Otra de las razones es que me crié en un pequeño pueblo de Ohio y —a pesar de haber vivido casi toda mi vida en Tokio, una de las ciudades más grandes del mundo— nunca me he acostumbrado a los vastos espacios urbanos. Las grandes ciudades siguen siendo algo de lo que maravillarse, preocuparse y admirar... pero nunca familiarizarse.

Otra de las razones para un residente que sigue siendo tan consciente de Tokio es la ciudad en sí misma. Es distinta a cualquier capital occidental, está construida de una forma diferente y es utilizada de un modo distinto. Incluso reconstruirla sobre el papel, que es lo que pretende este libro, exige un modo especial de presentación.

Ciertamente, ofrecer una descripción histórica lógica, directa y evidente del lugar hubiera significado tergiversar este ilógico, sutil, descarado, atiborrado y por completo humano espacio. Por lo tanto, he decidido trazar mi retrato de Tokio con la forma de la propia Tokio. Así, comenzaré con su corazón. El castillo de Edo (actualmente el Palacio Imperial) es el corazón en un doble sentido, tanto espacial como temporal. A partir de este comienzo, seguimos el todavía circular trazado de las calles que rodeaban este corazón, describiendo su desarrollo. Conforme los círculos se vuelven más irregulares, nos perdemos en tópicos relacionados, conducidos (como en la ciudad) por meras asociaciones, y al final del libro nos encontramos en los suburbios.

Tal vez no sea este el modo normal de construir un libro, pero Tokio no es una ciudad normal y, a través de esta construcción, espero reflejar los

Introducción

cambios repentinos, los aciertos inmediatos y las sorprendentes incongruencias del lugar. Y con ello espero mostrar también algo de qué significa estar aquí.

Donald Richie

Tokio, 1999

TOKIO: UNA VISTA DE LA CIUDAD

Muchas ciudades tienen estilos individuales. Venecia, Brujas, Amsterdam, Roma, París, cada una tiene su estilo. Otras ciudades, no. En Tokio, uno siente —como Henry James sentía en Londres— que la ciudad no tiene un único estilo, sino innumerables intentos de tenerlo.

Algunos de los intentos son atractivos (Grosvenor Square, Imperial Plaza), pero no hay una concepción predominante. Una de las razones para semejante falta es que mientras otras ciudades (Nueva York, Roma, Estambul) siguen estando entretejidas por los restos de su pasado, Tokio tiene muy pocos de esos.

Ya sea debido a incendios, terremotos o ataques aéreos masivos, la ciudad se ha acostumbrado a ser incendiada y reconstruida, y, si bien los materiales de construcción tradicionales (madera y tejas) le dan un cierto sentido de uniformidad, Tokio posee pocos edificios históricos, y de ahí que le falte una base para algo tan uniforme como un estilo.

Casi nada queda de Edo (como se llamó el lugar hasta 1868), salvo el mero trazado de las calles originales. Los edificios a lo largo de estas calles son relativamente recientes y relativamente occidentales en su aspecto. Mientras avanzan hacia el presente, la ciudad llega a parecer nueva, basta, inacabada. El estilo tradicional —lo que quedaba de él— no es visible, y el estilo actual no es estilo en absoluto.

Podríamos decir entonces que el estilo de Tokio es la ausencia de estilo; esto es, que parece no existir ninguna autoridad —eso es el estilo: una especie de gobierno— y que el guirigay resultante *es* el estilo de Tokio. Uno siente lo que Alexander Payne dijo que sentía al respecto de Londres en 1872: «Nada es más sorprendente [...] que la completa confusión y la necesidad de planificación de la ciudad». Fue su mero tamaño lo que salvó a Londres y llevó al Dr. Johnson a hablar de «su

maravillosa inmensidad» y a James Joyce a hacerse eco de ello un siglo después al comentar que «... la mera inmensidad del lugar es buena parte de su mérito». Y eso es lo que también salva a Tokio.

En un radio de 50 kilómetros alrededor del Palacio Imperial viven 27 millones de personas, unos tres millones más que en toda California. Tokio es una ciudad enorme, y sigue creciendo. Pero ni siquiera la mitad de su población ha nacido aquí; han llegado de otras regiones del país, y lo siguen haciendo. Siempre lo han hecho. Allá en la época Edo, incluso había un dicho que decía que la ciudad estaba compuesta por «los vagabundos de cada provincia».

El lugar siempre ha estado superpoblado. El espacio siempre ha sido caro y escaso en cualquier parte de Japón, pero en la capital es especialmente caro. Ya nadie aquí puede esperar ser dueño de propio hogar, y los pisos son pequeños y caros. Paul Waley, al escribir de la «naturaleza contenedora» de Tokio, habla de «los edificios estilizados como lápices, de ocho a diez plantas, temblorosas estructuras expuestas al viento que sólo tienen espacio para apartamentos y oficinas que no son sino agujeros en la pared». Tiendas, bares y restaurantes son encajados en esquinas

perdidas de la ciudad; lugares que sólo permiten sentarse a seis u ocho personas son apilados unos encima de otros como los platos de una vajilla. En una cabina de un hotel de cápsulas sólo cabe un cuerpo humano en horizontal, y la TV se ve por entre los pies.

Tokio es famosa por sus empujadores oficiales de hora punta, empleados para meter pasajeros a empujones en unos vagones ya atiborrados, donde perder un zapato en la lucha es algo normal, donde una multitud de un millón de personas reunidas (un lugar, una fecha: Año Nuevo en el santuario Meiji) es algo habitual. Es también una ciudad donde la mera cantidad de personas en las que fijarse puede ser estimulante. Como dijo Constantin Guys (citado por Beaudelaire, según lo cita Walter Benjamin): «Quien es capaz de aburrirse en una multitud es un necio».

Como la ciudad enorme que es, Tokio demuestra todas sus cualidades de forma inmensa. Se puede ver la misma confusión y falta de planificación en muchas ciudades pequeñas japonesas, pero no tienen nada de esa expresión que alcanzan en Tokio. De hecho, esa falta de planificación, de calles estandarizadas, de estructuras estereotipadas, crea sus propios efectos. Con su vasta falta de un

plan aparente, con su elefantiásica deficiencia de atención cívica, el lugar aparece profuso, febril, pródigo y extravagante; al menos, comparado con lugares tan planificados como Pekín o Washington D.C.

Así ha sido desde tiempo ha. El estupefacto doctor Phillip Franz von Siebold exclamó en 1823: «No puedo comparar el bullicio de Edo sino con el de Londres». Y Tokio aún da la impresión de una vida que florece por todas partes, que crece en panales, es cierto, pero no por ello menos floreciente.

Esta es una cualidad que asociamos más a las ciudades asiáticas que a las occidentales, y ciertamente Tokio se parece más a una Calcuta con todas las comodidades, o a Singapur antes de que los planificadores de la ciudad la destrozaran. La capital del Japón retiene el enorme tamaño de su población. En este sentido es una ciudad intensamente humana.

No se necesita sentir lo que Shelley sentía por su ciudad: «El infierno es una ciudad que se parece mucho a Londres...». Más bien se puede sentir por Tokio lo que James sentía por Londres, que era «ese lugar concreto del mundo que transmite la mayor sensación de vida».